

trarlos a modo de manada, en actitud hierática y totalmente ajenos a la acción del hombre, como vemos en este abrigo del Arroyo de los Covachos o en los cercanos conjuntos del Molino de Juan Basura y Abrigo de la Llagosa, entre otros.

Frente a la recurrida teoría de la magia, pensamos más bien que tanto estos paneles formados por varios animales como aquellos en los que sólo se ha representado uno de éstos, son prueba inequívoca de que la figura animal encierra un especial simbolismo, tal vez como aglutinadora y exponente de determinadas fuerzas sobrenaturales, que hace que trasciendan el mero ámbito material. Sin pretender forzar las interpretaciones ni estrechar lazos etnográficos siempre cuestionables, sí creemos que en el arte levantino la figura animal puede asumir un papel religioso muy próximo al que ésta desempeña en otros horizontes estéticos no excesivamente alejados de él en contenido y formas. A este respecto señalemos el caso del arte rupestre de los indios del sudoeste americano en el que las escenas de caza de los “muflones” tienen la intención última de aprehender y dominar las fuerzas que provocan la aparición de la lluvia (Clottes y Lewis-Williams, 1996), o el arte sudafricano de los *san*, considerado como el fino velo que separa los mundos espiritual y material, y reserva de poder espiritual (Lewis-Williams, 2001), en el que la representación del pofo o antílope, animal preferido por la divinidad, lejos de aludir a su aspecto estrictamente material, está vinculado a rituales tan variados como los referidos a las primeras experiencias de caza de los adolescentes, a las ceremonias de pubertad y a las asociadas al matrimonio (Lewis-Williams y Blundell, 1998).

De otro lado, esta concepción metafórica de los animales no es extraña en el pensamiento religioso de las bandas de cazadores y recolectores, en el que los animales se conciben como semejantes a los propios hombres (Eliade, 1976; Lêveque, 1997), incluso a veces más sagrados que éstos (Jensen, 1960). Todo ello nos lleva a pensar que tanto las escenas de caza levantinas como aquellas otras en las que la protagonista es la figura animal sin presencia humana no pueden explicarse como una simple práctica de magia simpática realizada en favor de la captura de esos animales.

Por su parte, no menos complejo desde el punto de vista escenográfico se nos presenta el abrigo II. El panel pintado se abre por arriba con una figura humana, mal conservada, y se cierra por la parte inferior con la figura de un cuadrúpedo que, por algunos de sus rasgos morfológicos, pudiéramos reconocer como carnívoro. Entre ambos motivos se desarrolla una muy interesante escena de caza en la que intervienen un individuo y un cuadrúpedo, perteneciente a tenor de los restos conservados al grupo de los pequeños ungulados, probablemente un cervino.